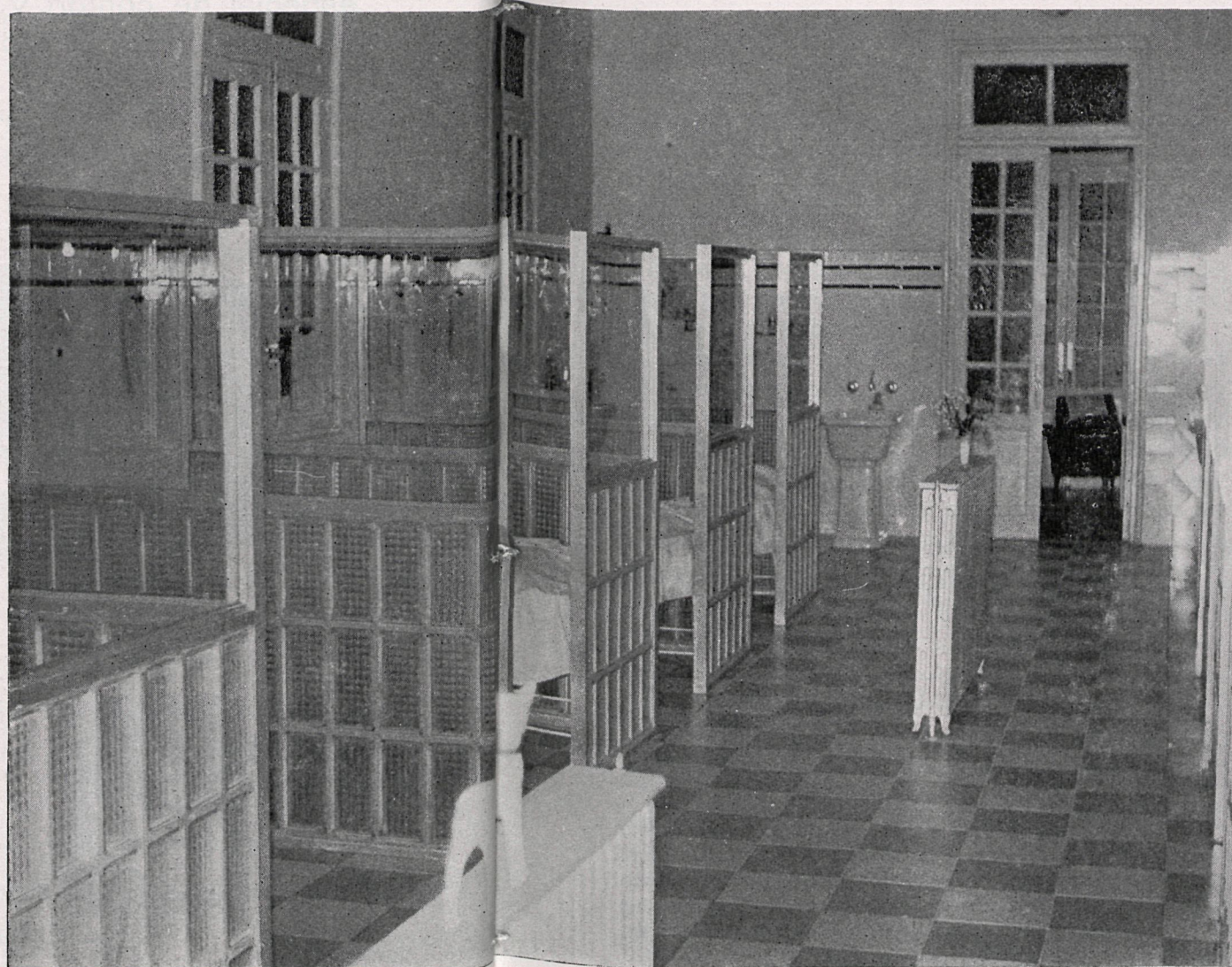
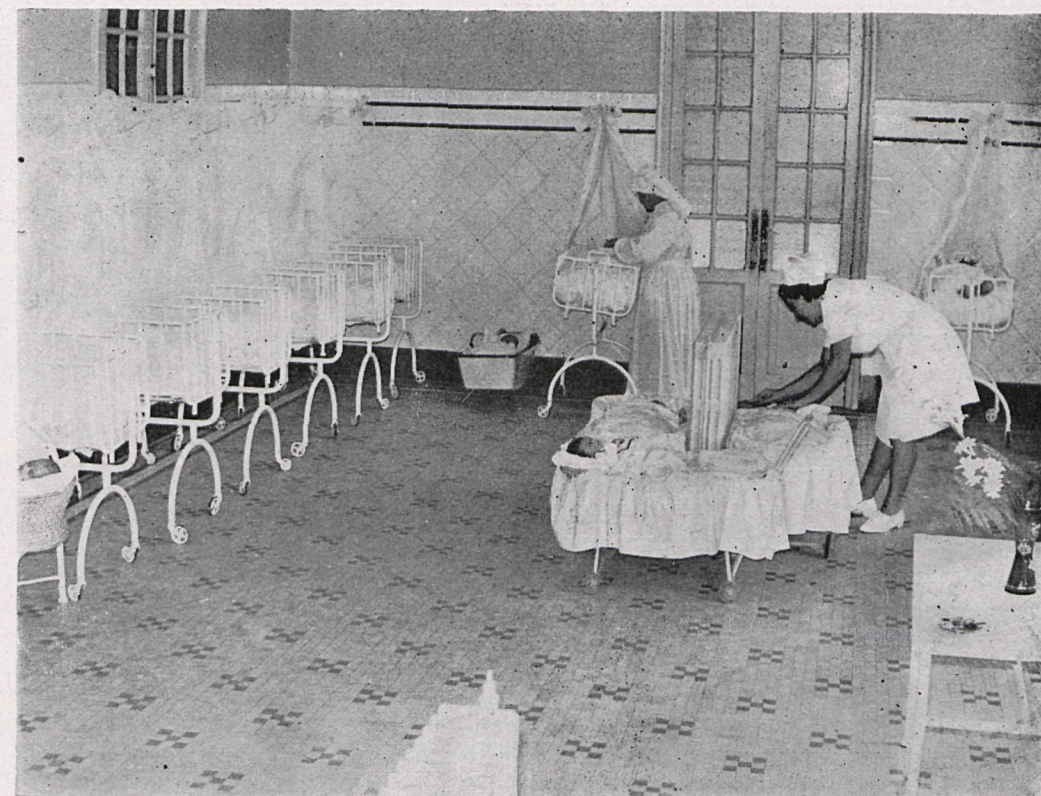
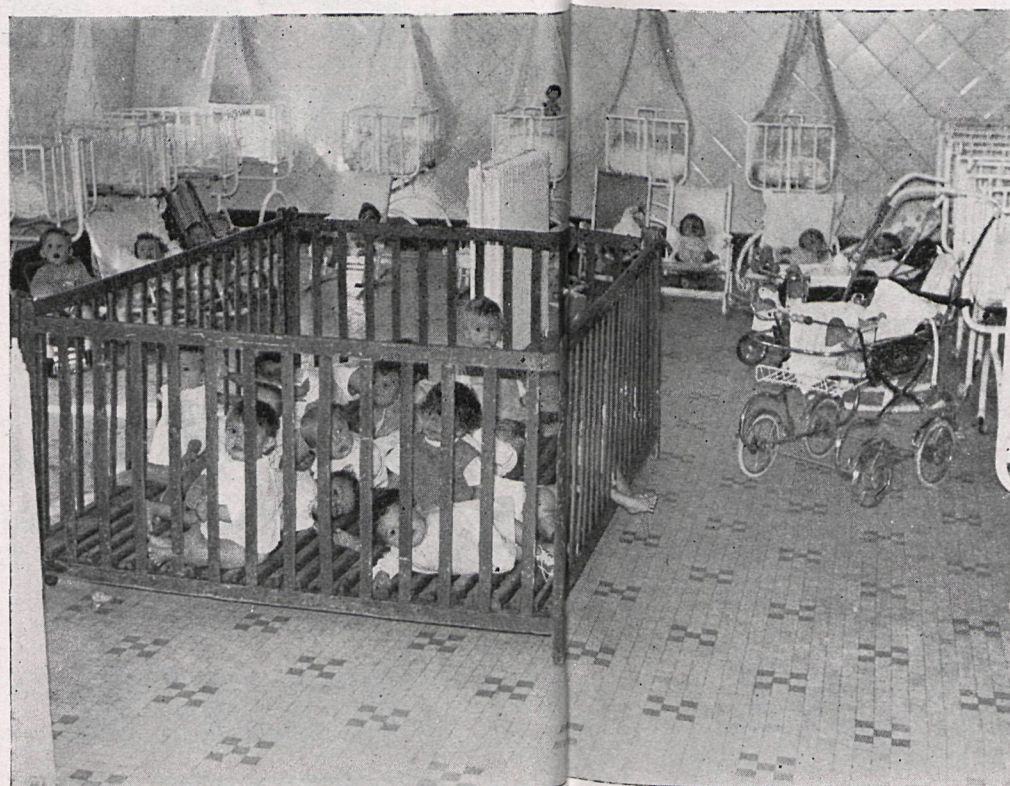




Plaza de la Puercultura - Diputación Provincial de Madrid

FOTOS: LOPEZ CONTRERAS



La falta de espacio para tanto niño es uno de los problemas que, en la actualidad, tiene planteado el Instituto Provincial de Puericultura. El otro es la escasez de brazos para atenderlos. En estas fotografías puede apreciarse el exceso de población infantil en una sola sala. En la otra puede apreciarse cómo los nuevos ingresos, en lucha con el espacio, han de ser colocados en improvisadas cunas que exceden el cupo de infantes asignado a cada sala.

Aspecto de una de las nuevas salas, abierta recientemente, con capacidad para 22 cunas, con modernos aislamientos en boxes separados para dos niños cada uno.

Por FELIX MELENDO ABAD

SUCEDE con harta frecuencia que las cosas más simples las complicamos de tal suerte que aparecen poco claras, de rasgos oscuros y contornos imprecisos. Así sucede con el Colegio de la Paz y el Instituto Provincial de Puericultura.

No resulta extraño el que, aún hoy, no ya el hombre de la calle, sino personas más o menos relacionadas con la mecánica de la administración provincial madrileña, no acierten a distinguir con entera nitidez los verdaderos límites de ambos establecimientos, confundiéndolos o considerándolos como uno solo; este confusionismo ha llegado, incluso, a designar los dos centros benéficos con la triple rúbrica de «Instituto Provincial de Puericultura, Inclusa y Colegio de la Paz», como si el complejo asistencial que, dependiente de la Diputación de Madrid, alza su mole arquitectónica al final de la calle

de O'Donnell, con vuelta a las de Doctor Esquerdo y Doctor Castelo, fuese un conglomerado compuesto de tres centros diferentes unidos íntimamente entre sí; confusiónismo que ha llegado a tomar asiento incluso en algunos documentos e impresos oficiales.

Sin embargo, la realidad es bien distinta; se trata, en puridad, de dos establecimientos perfectamente diferenciados por su contenido y por su finalidad, y únicamente unidos, de manera ocasional, por su proximidad y por el hecho de tener algunos servicios comunes: Colegio de la Paz, de una parte; Instituto Provincial de Puericultura, de otra.

El primero —el Colegio— es un centro docente asistencial, del que, sin perjuicio de volver sobre él, ya nos hemos ocupado en esta misma Revista, y que tiene por misión primordial el proporcionar educación e instrucción a niñas acogidas por la Diputación, a partir de los cinco años. El Instituto Provincial de Puericultura, por el contrario, tiene por finalidad el recoger, cuidar y alimentar a todo infante abandonado por sus padres, sin distinción de sexo. Lo que sucede es que, el niño, llegado a la edad de cinco años, cuando es varón, pasa automáticamente al Colegio de San Fernando (Pabellón de San Vicente); en tanto que si es hembra ingresa en el inmediato Colegio de la Paz. Pero tan lejos de la realidad es el afirmar que el Instituto de Puericultura y el Colegio de la Paz son un mismo establecimiento, como lo sería el decir que Instituto de Puericultura y Colegio de San Fernando son una misma cosa.

Establecida así la neta diferencia que existe entre ambos establecimientos, veamos ahora, a grandes rasgos, el contenido y organización actual del Instituto Provincial de Puericultura, antigua Inclusa de Madrid (1).

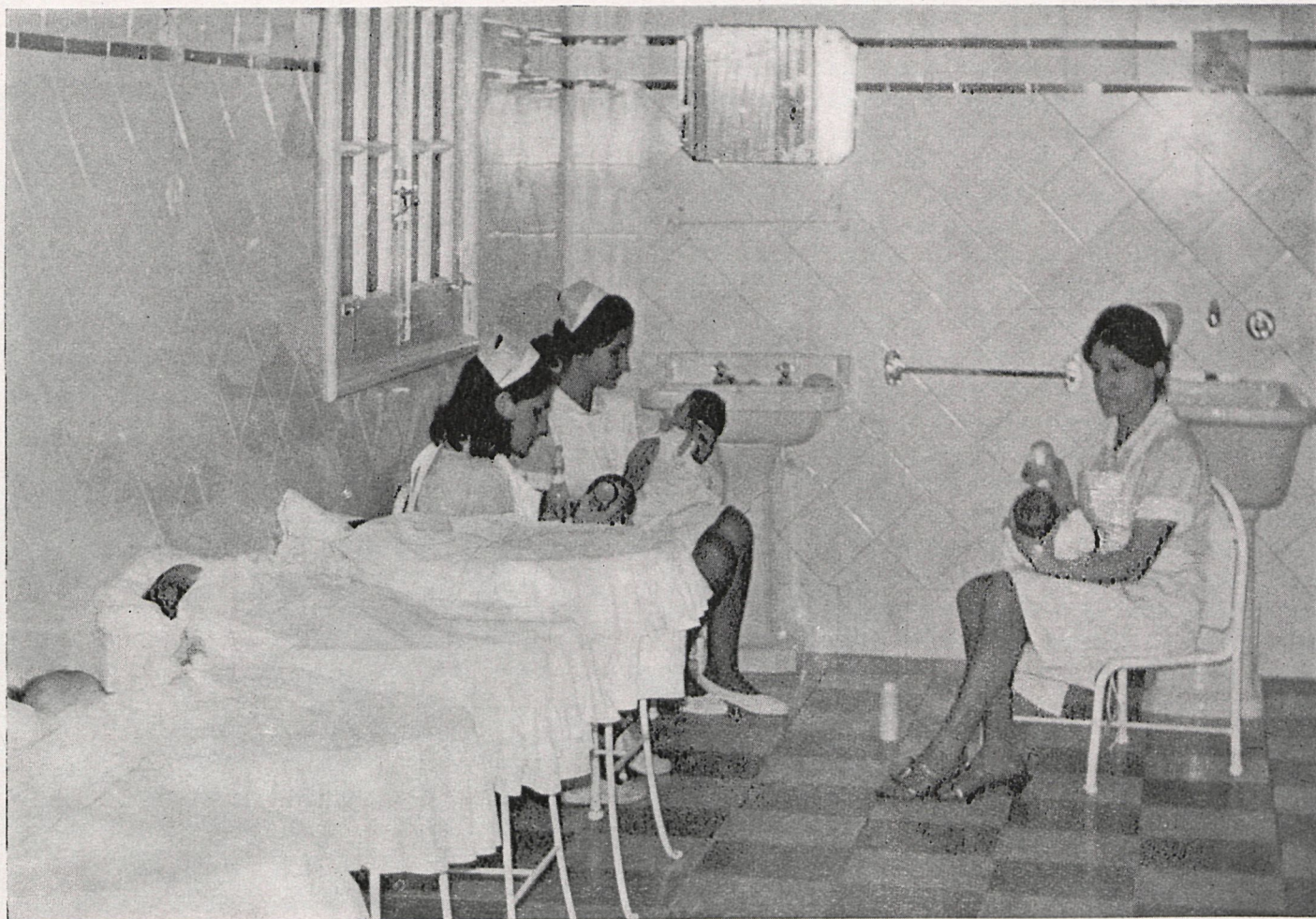
Este Centro —del que, es superfluo decirlo, ha desaparecido el viejo torno donde la llorosa madre, pañuelo a la cabeza y toquilla en la espalda, abandona a su hijo, en una cruda noche invernal, según la clásica litografía de las novelas por entregas de nuestros abuelos— está abierto a todos los niños, nacionales y extranjeros; de Madrid o de las restantes provincias; con padres o sin ellos.

Todo es sumamente fácil a la hora del ingreso. Las criaturas se entregan, sencillamente, a la religiosa encargada de recibir las, quien, sin otra averiguación que la de intentar informarse de si el niño está o no bautizado y ha sido inscrito en el Registro Civil, se hace cargo del pequeño si no ha cumplido la edad de dos años o, al menos, aparenta no haberla cumplido. Los supuestos más frecuentes son tres:

a) Total abandono. La persona que hace entrega del niño no facilita dato alguno sobre su identidad; a veces ni tan siquiera nombre y apellidos, los cuales han de ser puestos, a efectos de inscripción, por la propia Dirección administrativa del Centro. Estos pequeños así abandonados son rápidamente adoptados por algunos de los numerosos matrimonios que esperan, con ilusión no imaginable, el momento de ver alegrado su hogar con la presencia de un ser a quien llamar hijo.

b) La madre facilita la identidad del pequeño, pero lo abandona en la Institución. Lo frecuente en este supuesto es que la madre no se desvincule totalmente de él: pregunta por carta sobre su estado de salud, si está ausente; o lo visita. La madre mantiene así el contacto con su hijo y puede retirarlo en cualquier momento para tenerlo en su compañía, o puede dejarlo allí definitivamente. A veces sucede que la madre, después de algún contacto con su hijo, deja de interesarse por él, y al cabo de cierto tiempo de

(1) El clásico nombre de *Inclusa*, lejos de ser infamante y despreciativo, tiene, por el contrario, un origen evocador y piadoso. En la provincia holandesa de Zelanda, a orillas del mar del Norte, se alza la ciudad de Sluis, en castellano *Esclusa*; de allí, en el siglo XVI, se trajo una imagen de Nuestra Señora que fue colocada en la casa de *Expósitos de Madrid*, dando origen al nombre de *Inclusa*, que, más tarde, se aplicó a estos establecimientos en general.



Las nuevas «cuidadoras de niños», que van entrando poco a poco en el servicio, han venido a aliviar, en parte, el problema de la escasez de brazos. Tres señoritas «cuidadoras» en el momento de alimentar a los bebés de la sala donde prestan sus servicios.

abandono, el niño puede ser dado, también, en adopción.

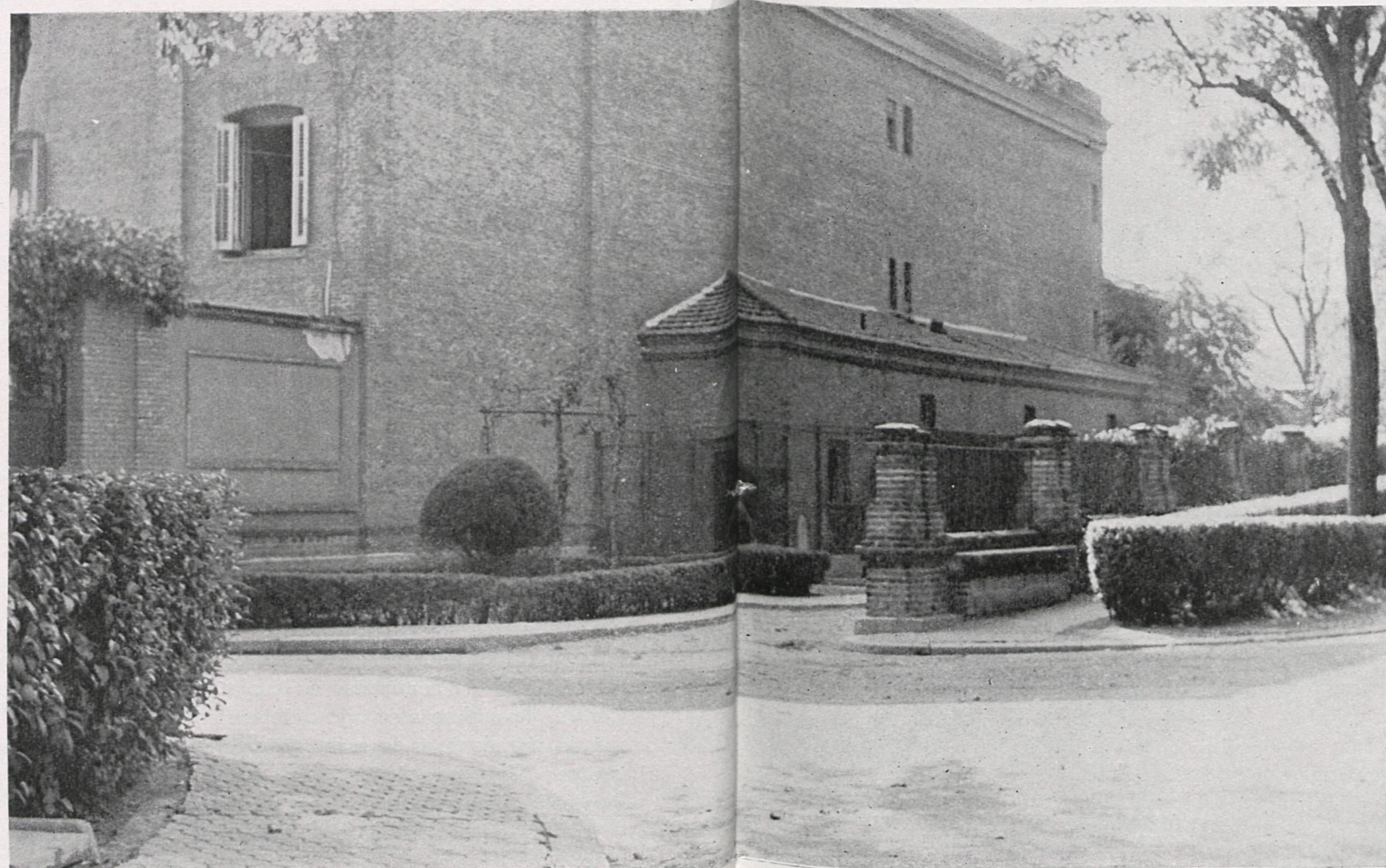
c) La madre ingresa en el Centro juntamente con su hijo. En este caso, la madre atiende personal y directamente a su propio hijo y ayuda, además, al cuidado de otros, entrando a formar parte de la plantilla del Establecimiento en concepto de «ama interna»; se le proporciona alojamiento, comida y uniforme, y percibe unos haberes y, en su caso, algún premio en metálico. Puede abandonar en cualquier momento el Centro, llevándose a su hijo o dejándolo allí. Esta forma de abandono es la más conveniente para el Instituto, aunque vaya siendo la menos usual, porque ayuda a paliar, en parte, uno de sus fundamentales problemas: el de la escasez de brazos para atender a tanto niño.

Este problema de la falta de brazos nos lleva al aspecto humano y social de la cuestión: el número de acogidos. Para los aficionados a la estadística, los libros de ingresos nos dan los siguientes datos, referidos a los cinco últimos años:

A Ñ O	En el Instituto	En pueblos	Niños	Niños	TOTAL
1961.	485	404	344	233	577
1962.	394	413	331	255	586
1963.	411	367	296	272	568
1964.	419	375	275	254	529
1965.	421	388	272	234	506



En el centro del Instituto Provincial de Puericultura se alza el Pabellón Zorrilla con su airosa torre del reloj, que va marcando las horas de trabajo y afanes de todos los que en él trabajan.



Únicamente en ese espacio que nos muestra la fotografía podría llevarse a cabo la ampliación del actual Instituto Provincial de Puericultura mediante la construcción de un moderno pabellón funcional, en el que, además de la cocina y habitación de Hermanas, independientes de las del Colegio de la Paz, podría dar cabida a varias salas más que descongestionasen las actuales, en exceso superpobladas.

Como puede observarse, el número de ingresos desciende ligeramente en los últimos años, aunque esta tendencia pueda verse truncada en 1966. Sumados los niños ingresados a las existencias y descontadas las bajas nos da una población de pequeños acogidos que se aproxima al millar, la mitad de los cuales, aproximadamente, han de ser entregados, en régimen de crianza externa, a familias de pueblos serranos de las provincias de Avila y Toledo, principalmente, que los cuidan, visten y alimentan en ambiente familiar, toda vez que las actuales instalaciones del Instituto Provincial de Puericultura son totalmente insuficientes para dar cobijo a tan elevado número de criaturas.

Limitando nuestro comentario a la población infantil que la Diputación alberga en el edificio de la calle de O'Donnell, el observador menos atento advierte que los problemas con que hay que enfrentarse en la actualidad son dos fundamentales: la falta de brazos para atender a tanto niño y la escasez de local donde alojarlos. A ambos problemas se está intentando poner remedio y a ello tienden, de manera preferente, los esfuerzos del actual Diputado Visitador, don Pedro Zarzo, secundando las directrices señaladas por la Presidencia de la Corporación.

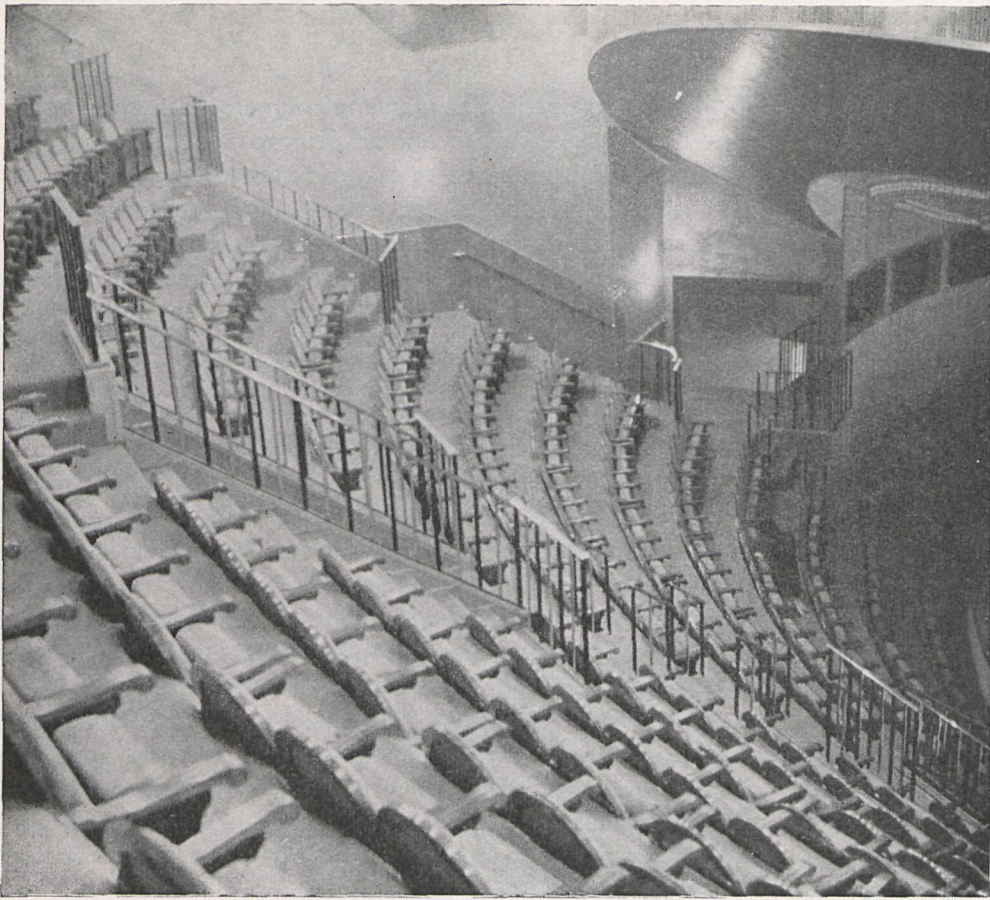
El problema de la falta de brazos quedará, en parte, muy atenuado cuando las 50 plazas de «Cuidadoras de niños», previsoramente creadas, sean cubiertas en su totalidad; entonces habrá mejorado la proporción entre niños y cuidadoras, hoy muy por bajo de lo que podríamos considerar como nivel europeo.

El segundo problema, el de la escasez de local para tan gran población infantil, tiene solución más difícil, ya que de las edificaciones presentes no pueden obtenerse otros locales que las nuevas cuatro salas, con capacidad para 22 cunas cada una, y que, unidas a las que ya existen, resultan todavía notoriamente insuficientes.

La solución completa a este problema sólo se puede obtener a largo plazo, mediante la construcción, en el único espacio que todavía puede ser aprovechable para ello dentro del actual recinto, de un moderno pabellón funcional que, guardando la simetría debida con la bella construcción existente, pueda albergar, además de las salas precisas para las necesidades del Establecimiento al día de hoy, los servicios privativos del mismo, como son la cocina y la pieza-habitación para una Comunidad de Hijas de la Caridad. Con ello, además, se podría consumir la total separación del Instituto Provincial de Puericultura y del Colegio de la Paz, meta final, que, tarde o temprano, habrá que alcanzar.

FELIX MELENDO ABAD

(FOTOS: LOPEZ CONTRERAS.)



ASI

COMENZO

LA HISTORIA DEL TEATRO REAL

